

**Sin conversión personal, sin desarrollo religioso,  
Es imposible la lucha por la justicia**

**Alfredo Verdoy, S.J.<sup>1</sup>**

## **INTRODUCCIÓN**

“Posiblemente nadie – y, por de pronto, ningún otro P. General de la Compañía de Jesús – ha dedicado tanto tiempo, tantas energías, tantas palabras y, sobre todo, tantas expresiones de afecto a los antiguos alumnos como el P. Arrupe”. (palabras del P. José María Torelló, SJ en la introducción a su libro, *Pedro Arrupe, S.I. Hombres para los demás*, p. 15).

En nuestra exposición vamos a tratar de seguir el siguiente esquema. En primer lugar, una inicial aproximación a lo que fueron las relaciones de Arrupe con los AA. AA.; en segundo, una sustanciosa síntesis de los pasos recorridos tanto por Arrupe como por los AA. AA. en su largo, comprometido y afectuoso viaje en común. Este breve recorrido nos pondrá, finalmente, a las puertas del famoso discurso del 1 de agosto de 1973: *La promoción de la justicia y la formación en las Asociaciones de los Antiguos Alumnos*, al que dedicaremos la tercera parte de nuestra intervención. Terminaremos con una breve conclusión y, aunque a nosotros no nos corresponda, con alguna propuesta de cara al futuro.

## **I. PUNTO DE PARTIDA**

Arrupe, por su propia biografía y por el lugar que ocupó durante los últimos años de su vida, fue un hombre dotado de una amplia visión. Veía problemas y al mismo tiempo aportaba soluciones para conjurar, reorientar en cristiano los problemas enunciados.

---

<sup>1</sup> Archivo Histórico de la Provincia de España de la Compañía de Jesús, Alcalá de Henares-Madrid; Profesor emérito de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Comilla -Madrid. Texto de la conferencia ofrecida en las “[Jornadas Educativas de EDUCSI: Educar en la Tradición Viva de los Colegios Jesuitas](#)”, Bilbao-España, del 10 al 12 de julio del 2023. Se agradece al P. José Alberto Mesa S.J. y a los organizadores de las Jornadas EDUCSI el apoyo que permite divulgar, a través del CVPI, la riqueza del análisis y las reflexiones que ofrece el P. Verdoy, sobre el pensamiento de Arrupe, a los educadores que trabajan en instituciones de la Compañía de Jesús y a sus AA.AA.

Arrupe en todas sus intervenciones, indistintamente del formato, pero especialmente en sus improvisaciones, se mostró ante los AA. AA., más todavía si eran jóvenes, cordial y verdaderamente agradecido, cautivador, entrañable, sugerente, risueño; con una gran fuerza de convicción, con una gran autoridad moral, con una fuerte capacidad de arrastre, cómplice; como un auténtico líder o si queréis como un hombre que ha experimentado la gracia de Dios en todo tipo de situaciones, como un verdadero amigo de Dios, como discípulo de Cristo, ganado en exclusividad por Él... Basta leer sus intervenciones para verlo y hasta sentirlo...

Todo lo dicho, no obsta para que, con el paso del tiempo, algo que puede percibirse, tal como dijera el mismo Padre Torelló, en los textos que globalmente vamos a ir glosando, se aprecie en sus relaciones con los AA. AA. cómo “su acento se va cargando con bastante radicalidad”: “Hemos de procurar una sociedad más justa, hemos de ponernos al servicio de los más necesitados y, si queremos acercarnos al modelo que nos propone, *hombres que con los demás son para los demás*, deberemos convertirnos en hombres nuevos, que sólo el Espíritu puede comunicar y alimentar”.

## II. ARRUPE Y LOS ANTIGUOS ALUMNOS

Dicho esto, entremos en la **segunda parte de nuestra intervención**. En ella presentaremos muy globalmente el empeño del P. Arrupe por hacerles partícipes a los AA. y a sus respectivas Asociaciones de los descubrimientos y compromisos que la Compañía iba haciendo en todo lo relativo al novedoso tema de la justicia en el mundo.

Aun cuando el P. Matías García Gómez, estudioso de estas materias, reconozca que el tema de la justicia no ha sido estudiado en profundidad en lo que tiene que ver con los AA. AA., tal vez algunas de nuestras consideraciones, puedan poner algo de luz en este importante capítulo.

Arrupe fue elegido General de la Compañía de Jesús el 22 de mayo de 1965. Unos días después manifestaba en su primera rueda de prensa su preocupación por los países en vías de desarrollo: “No podemos ignorar las desigualdades existentes en las ciudades y en los campos, donde los trabajadores que dan de comer a las gentes mueren después por falta de solidaridad”.

Estas palabras, así como el lugar dónde nacían, acabaron situando el tema de la justicia social, tras la Misión de la Compañía acerca del ateísmo, como el segundo apostolado dentro de la misión de la Compañía, que los jesuitas se daban al final de la CG 31. Más aún, el carácter expansivo de Arrupe, su capacidad de dinamización y su entusiasmo apostólico, le llevaron a cuantos sentía próximos, entre ellos los AA. AA, a recordarles la importancia de la promoción de la justicia como algo querido por Dios, además de como complemento necesario de la evangelización y predicación de la Palabra.

Un año después, el 12 de diciembre de 1966, en el documento titulado: *El Apostolado social* (12-12-1966), afirmará “la necesidad de una reforma de mentalidad y estructuras, encaminada a corregir el escándalo de las excesivas desigualdades económicas y sociales”.

Para no abrumarnos con la abundante literatura que sobre la justicia en el mundo ya estaba generando, entremos en el amplio terreno en el que se iban a desarrollar las relaciones de Arrupe y la Compañía con sus AA. AA. y sus Asociaciones.

En su primer encuentro, Roma 2 de octubre de 1966, todavía no había finalizado la segunda etapa de CG 31, Arrupe identificó las tres A, las letras iniciales de las Asociaciones de los Antiguos Alumnos, con tres palabras. **La primera A la identificó con el símbolo del amor**; el amor que les ha ido infundiendo la Compañía de Jesús, “puesto que nuestra base es la interior ley de la caridad y del amor; **la segunda A con la A de la acción**, nota característica de la Compañía y de su inmensa actividad, en la que los AA AA por su vinculación, formación y proximidad participan de lleno; **y la tercera A con la A de apertura**: “abiertos al mundo... abiertos a todos y a todo... a todos los hombres, pues todos los hombres son buenos en el fondo”.

Pero más allá de estas amables consideraciones, en los discursos y en las intervenciones que Arrupe mantiene con los AA. AA., se va dibujando un **perfil** muy concreto, posiblemente idealizado, **del antiguo alumno**, que conviene que conozcamos.

Aun cuando en la Carta del 24 de diciembre de 1968 que dirigió a todos los AA. AA. del mundo, reconocía que le era imposible “describir un tipo único y estereotipado del Antiguo Alumno”, afirmaba que lo único que los vinculaba era el haber sido educados en las “instituciones docentes” de la Compañía, en las que les enseñaron, “a considerar la vida como una búsqueda de todo lo que es bello, bueno y

verdadero". No por ello sus escritos a los AA. AA dejan de ofrecernos lo que para Arrupe era y significaba un antiguo alumno de la Compañía de Jesús:

**El antiguo alumno era una persona rica** por lo mucho que había recibido; con fundamentos religiosos; educada y formada "dentro de una ética integralmente humana o auténticamente cristiana", que hace esperar que los que mucho recibieron, mucho puedan dar.

También era considerado como persona abierta, llamada a vivir en medio de un mundo cada vez más intercomunicado.

Como fruto de su educación y formación jesuítica, el A.A era una persona educada en el espíritu de las llamadas "obras de misericordia", en las que según la tradición cristiana venían comprendidos los deberes sociales del hombre y que en este momento deberían extenderse a todos los confines de la tierra y a la vez ser obligatorias para todas las colectividades y pueblos.

Como persona formada por religiosos y consagrados, el Antiguo Alumno era una persona rica, religiosamente hablando. Una persona que ha tenido la posibilidad real de tener una relación personal con la persona de Cristo. Una persona que, tal vez sepa, por su propia experiencia quien es Cristo como persona y que, por lo tanto, ha tenido la oportunidad de identificarse con Él, de ir cristificándose. Cristificación, que tiene, a su vez, una doble vertiente: por una parte, "la unión inseparable con Dios Padre y, por otra, la comunicación real de esta experiencia a todos los que le rodean"

Una persona que por su unión con Cristo practica el *magis ignaciano* y que se conduce también dentro de las claves del discernimiento ignaciano.

Persona, finalmente, próxima y casi siempre vinculada con los jesuitas y por su medio con la Compañía. Proximidad y cariño que le llevarán a reconocerlos como colaboradores.

Con estos precedentes no resulta nada extraño que el AA. AA. también sea un verdadero y convencido hijo del Vaticano II y sobre todo un hombre de fe profunda y comprometida, con una vida personal, familiar y social ejemplar, inclinado al servicio a los demás, abierto a los nuevos signos de los tiempos, dispuesto a vivirse en continua formación y renovación en todos los sentidos. Pues al AA. no le basta con haber pasado por un colegio de la Compañía, tiene

que seguir formándose hasta militar dentro de la Iglesia viviendo dentro de ella su propia vocación apostólica como laico.

Conocido el perfil del Antiguo Alumno jesuita, sigamos acompañando a Arrupe en sus encuentros con los AA. AA durante los años que van de 1965 a 1973.

En agosto de 1967 tuvo lugar un segundo encuentro con los AA. El motivo que los reunió fue la celebración del II Congreso de la Unión Mundial de los AA. AA. de la Compañía de Jesús. En la homilía de la misa inaugural, 26 de agosto, pide la ayuda divina, en medio de los graves problemas por los que estaba atravesando el mundo, “para buscar juntos la mejor solución al problema de su compromiso con el mundo que está en plena transformación”.

Los problemas a los que en estos momentos se refería Arrupe eran, fundamentalmente, de orden espiritual: la crisis de fe en el hombre occidental, una crisis que llevaba consigo el olvido y la negación de Dios y con ello el empobrecimiento moral y religioso del hombre. Allí “donde falta Dios, falta la razón suprema de las cosas, falta la luz primera del pensamiento, falta el indiscutible imperativo moral, del cual el orden humano tiene necesidad”. Compañeras de esta creciente crisis de fe eran, por una parte, la reducción del número de los practicantes y, por otra, su comportamiento endogámico. A estos problemas habría que sumar: la “atomización y disolución” de la sociedad; problemas a los que debería sumarse otro mucho más grave: el crecimiento de la miseria, que “lleva consigo la privación de los derechos humanos más indispensables...”.

En este mismo encuentro, el 27 de agosto de 1967, señalados tantos sus compromisos como sus dificultades, **Arrupe les da a los AA la mayoría de edad**. En primer lugar, les insta a tomarse en serio la transformación del mundo. Cuentan para ello con ayudas muy especiales; proceden éstas, fundamentalmente, de su propio origen social – muchos de ellos han nacido en familias pudientes -- y muy preocupadas por su formación cristiana, humana y profesional. En orden a la acción, no pueden dejar de asumir los compromisos que todo laico comprometido, según la letra y el espíritu del Vaticano II, debe asumir en la transformación del mundo. Como a laicos que son les corresponden, en el desarrollo de su propia vocación, descubrir “el carácter mesiánico” para desde su propia vocación transformar el mundo. Una nueva conciencia que, en opinión de Arrupe, deberá transformar la misión y los compromisos de las Asociaciones de los AA.AA. para ponerlas al “servicio universal a todos los hombres, sin distinción alguna”.

Misión, Arrupe sigue advirtiéndolo, que tendrá que llevarse a término lejos de algunos de los esquemas habituales en los AA. AA. han sido formados por la Compañía: el triunfalismo del pasado, el narcisismo y el miedo del miope del presente. Les será necesario, en esta nueva misión: mucho esfuerzo, entrega, oblación y holocausto para con los demás. Su blasón será el que han aprendido en la Compañía: el familiar jesuítico: “*servir*”. Tendrán que desarrollar un fuerte *sentido de responsabilidad no solo individualmente sino como grupo*; tendrán que ser ellos mismos, y no los Padres ni los jesuitas, los que tomen e impulsen sus propias iniciativas. Los tiempos del clericalismo y del paternalismo ya se fueron. Deberán trabajar, Arrupe insistirá en ello una y otra vez, lo más unidos posible, buscando desarrollar en todas sus acciones el *sentido de la igualdad y el sentido de la internacionalidad universal para de esta manera ser verdaderamente eficaces*. Habrá “que pasar, les recuerda, del estadio de organizaciones pequeñas al de organizaciones más amplias”.

Esa mayoría de edad de las nuevas y soñadas Asociaciones de AA. AA. dejaba en labios de Arrupe una velada y sutil crítica al modo de funcionar y hasta de ser de muchas de las por entonces Asociaciones. Muchas, dirá Arrupe, se limitaban “a tener reuniones amistosas o actividades de ayuda mutua, o de colaboración económica para obras de la Iglesia o de la Compañía. Opino que en el momento actual hemos de pensar en otro tipo de actuación más conforme con las necesidades del mundo de hoy; hemos de insistir cada vez más en nuestro compromiso personal completo al servicio de Cristo y de su Iglesia cuando se trata de Antiguos Alumnos católicos”.

Ideas que quedarán más y mejor perfiladas en su Carta del 12 de diciembre de 1968, dirigida conjuntamente a todas las Asociaciones de AA. AA., en la que, alabando sus ayudas a “las instituciones docentes de la Compañía” y a otras instituciones católicas, así como su confianza al entregarnos la educación de sus hijos y su lucha en la defensa por la libertad y derechos legítimos de la Iglesia, dado que los signos de los tiempos caminan hacia un mundo más amplio en el que no acaban de establecerse ni la justicia ni una mejor distribución posible de los bienes y ganancias, los esquemas de funcionamientos de las Asociaciones de AA. AA. deben ser modificados. Arrupe, haciéndose cargo de lo que esto significaba, les invitaba a que sus Asociaciones “se abran a otros problemas que no sean exclusivamente los de nuestros centros de enseñanza o de vuestras organizaciones, orientándolas hacia aquellas necesidades humanas, “que sólo se podrán satisfacer si todos los hombres de buena voluntad unen sus energías en un esfuerzo común”. El *magis* en el que fuisteis educados, les dirá, os deberá “impulsar a contribuir en cuanto podáis, a resolver los graves

problemas que afligen a todos los hombres, vuestros hermanos". No basta con encuentros festivos entre viejos compañeros. Vuestras Asociaciones, les persuadirá, tienen que ser algo más que "clubs o grupos de interés privado".

Más bien, deberán ser en sus decisiones soberanas y verdaderamente laicas; libres para decidir si quieren o no colaborar con los proyectos de la Compañía. Respuesta, como es evidente, a la que a Arrupe y a todos los jesuitas les gustaría que fuera positiva. "En vosotros, añadía, más que colaboradores de la Compañía de Jesús vemos hombres formados y animados por el espíritu ignaciano que trabajan por la Iglesia en su condición de laicos". Y dirá, como anticipando los tiempos, "... es la Compañía quien tiene que colaborar con vosotros en todo cuanto ella os pueda ser útil, y sois también vosotros los que habéis de colaborar con la Compañía cuando creáis que lo debéis hacer".

Lo que les proponía no era poco. **¿Qué notas deberán, en consecuencia, caracterizar a las nuevas Asociaciones de Antiguos Alumnos?** Sus asociados deberán formarse como nuevos apóstoles, apóstoles de "la verdad y de la justicia"; deberán estar convencidos de poseer "la verdad" y de tener "la llave de la solución a que el mundo aspira". Tendrán que ser, por otra parte, "hombres de empuje, de garra, con un espíritu robusto, varonil, animoso, y siempre convencidos del valor de nuestra causa", investidos con "una santa agresividad templada en el amor y la comprensión", todo hecho con "ímpetu espiritual".

La fuerza de tal empresa no estará, les recordará, "precisamente en nosotros mismos, ni en nuestra organización, sino en Jesucristo, que nos ha situado en medio de este mundo en el que Él mismo nos va guiando con mano segura". La misión a la que Cristo les convocaba y llamaba quedaba resumida en frase paradigmática: "Id e inflamad el mundo".

El trabajo emprendido en las vísperas del año 1973 lentamente comenzaba a dar sus **frutos**. Conozcamos algunos de ellos:

En Italia a la altura de 1969, los AA AA afirmaban: "que la actividad social corresponde al propio compromiso", que les era necesario para completar la mejor formación "ofrecer actividades en favor del entorno social en que se vive", así como "colaborar con otras organizaciones católicas en bien de la sociedad en general".

En agosto de 1971 en el IX Congreso de la Conferencia Europea de AA. AA., celebrado en **Lieja**, cuando Europa comenzaba la segunda fase de su construcción comunitaria, Arrupe encomendaba a los colegios y a las Asociaciones una idéntica misión: formar “un tipo de hombres adaptado a esta nueva y grande vocación del siglo XX”. Ante las nuevas realidades, afirmaba, **nuevos hombres**. Su misión sería la de “humanizar y universalizar las enormes posibilidades de nuestro dominio técnico sobre el mundo. **Hágase Europa, pero hágase en Cristo**”. Esos nuevos hombres tendrán que esforzarse por instaurar una civilización cada vez más humana, donde quedasen superados los nacionalismos y todo lo que nos hace “enfrentarnos, dividirnos y agotarnos”, lo que les obligará a practicar la solidaridad dentro de un “mundo sin fronteras, formado por hombres que son hermanos”. Lo que suponía, también, abrirse y acoger a las personas que llegaban a Europa desde el Tercer Mundo. En suma, estos nuevos hombres deberían reforzar el nuevo humanismo europeo; un humanismo abierto e interiormente libre y crítico; un humanismo capaz de ofrecer a las nuevas realidades nacientes “la fuerza del Espíritu del Señor que anima...”. Un humanismo “abierto al mundo entero”, lo que permitirá que Europa no conciba su “desarrollo independientemente de los países todavía menos favorecidos o menos desarrollados”.

Otra tarea y por lo tanto fruto, consistirá en luchar contra la miseria en los medios educativos, siguiendo este principio: “eduquemos al marginado y al pobre y él será el primer motor de su propia promoción”.

Pero en lo que más insistía era en **el fruto de la acción de los laicos**: “vuestro papel como laicos es la renovación del mundo en el orden temporal... Vosotros tenéis la iniciativa; ya sois adultos. Sabéis lo que debéis hacer y cómo lo debéis hacer”.

Acción a la que se accedía no por puro empuje y convencimiento personal, el mito prometeico de la cultura jesuítica, sino como fruto de la suma de un cuidado examen de conciencia y de los beneficios de la gracia, que desembocaban en el don de la **conversión**. “Sin esta conversión, todo quedará en el terreno de las veleidades”. **Conversión, metanoia**, que supondrá cambios constantes tanto en aspectos interiores como exteriores y que, por fuerza, requerirá ser dóciles al Espíritu. Cuestión para la que sería muy



conveniente que en Colegios y Asociaciones se siguiese educando y formado en Cristo para desde Cristo construir una sociedad humana y no un mundo donde la frialdad de la justicia se impusiese a la dulzura de una justicia alimentada por la caridad cristiana.

### III. NOS VAMOS ACERCANDO A VALENCIA

A finales del mes de abril de 1973 se reunieron en Roma los representantes de la Federación Italiana para celebrar el vigésimo quinto aniversario de su fundación. Su contenido doctrinal y práctico se orientó hacia la temática que se iba a tratar en Valencia: *Las AA. AA. de la Compañía de Jesús y la promoción de la justicia*.

Arrupe, como invitado principal, presidió la Eucaristía. En su homilía reconoció que el tema de la justicia “era un tema comprometido ... capaz de revolucionar, si se entiende bien, y sobre todo si se practica, nuestras vidas”, y también de “remodelar sobre nuevas bases las estructuras de nuestra convivencia social”. Para que esto verdaderamente suceda, repetía, se requiere “un hombre nuevo”. **Un hombre nuevo que sólo el Espíritu de Dios puede engendrar; un hombre verdaderamente convertido para que de esta manera la justicia prenda en la vida de los hombres.** Todo ello implicará “un claro cambio en nuestra vida; un cambio... radical que supondrá abandonar algo de lo que somos: nuestro viejo yo, nuestros prejuicios, convicciones, actitudes, valores, modos de pensar y de obrar, costumbres...”. En suma, **la conversión será “la premisa indispensable, el alma profunda y la única seguridad de perseverancia para una auténtica promoción de la justicia”**.

#### Ya en Valencia

Previamente a la celebración de las Jornadas de Valencia se publicó un libro en el que se recogía el resultado de una encuesta a los AA sobre la justicia. Su título fue: *Iglesia y Justicia. Datos, textos y comentarios a una encuesta a los alumnos de jesuitas. Décimo Congreso Europeo...*, Valencia 1973. Tenía 184 pp.

El 31 de julio de 1973, víspera de la conferencia, el Padre Arrupe respondió a una batería de treinta preguntas que le hicieron los jóvenes. Señalamos algunas de sus respuestas:

Los que “disponen de una cierta abundancia de bienes materiales, de poder y de influencia, son los que tienen la grave responsabilidad de ser justos y de promover la justicia”.

El tema de la justicia no es nuevo, pero no habrá “acción por la justicia sin una conversión sincera y profunda que nos lleve a una verdadera reforma de vida...”. Esta conversión es necesaria e ineludible. Sin ella no se pueden dar pasos en la buena dirección. “Comencemos por nosotros mismos”. En el próximo Congreso, dado que la mayor parte de sus participantes son laicos, se tendrá “que insistir en el compromiso efectivo y responsable del cristiano en el campo político para promover una mayor justicia”.

A la pregunta si se pueden vivir por separado la promoción de la justicia y la santidad, responde con claridad y contundencia: “No hay verdadera opción vertical (santidad), es decir una mayor apertura hacia los valores más elevados y trascendentes, hacia Dios, sin una equivalente apertura hacia el prójimo. Y toda opción horizontal, si es genuina y desinteresada, inevitablemente termina por acercarnos a Dios”.

¿Es lo mismo para un cristiano justicia que caridad? “son dos virtudes distintas”, responderá. Ambas se fecundan. “La verdadera caridad es para el cristiano como el alma de la justicia. Concebir ésta sin aquélla sería privar nuestra acción por la justicia de su principal motivación y fuerza” y añadía, a continuación, si para los cristianos significan algo “la revelación cristiana, la encarnación y la muerte de Cristo para restaurar las bases del amor y de la justicia... nos tendrán que ayudar a mejor definir la justicia e interpretar sus exigencias”. Más aún, Arrupe, aprovechando la ocasión, dirá: “... para el cristiano que vive su fe, los motivos que le impulsan a dar testimonio de justicia, de obra y de palabra, no son exactamente los que mismos que para un no cristiano”.

“... muchos, responderá a otra pregunta, se olvidan que Jesucristo, al unir indisolublemente el amor a Dios con el amor al prójimo, estableció en el corazón mismo del hombre las bases del cambio social más profundo y radical que ha conocido la historia”, sin aplicar ni usar la violencia, pero sí liberándonos, pregunta 19, “no solamente de nuestro egoísmo, sino también de aquellos condicionamientos de clase, de los prejuicios y pasiones colectivas que nos cierran a los demás, en particular a los pobres y a los oprimidos, y nos impiden ayudar eficazmente a salir de las condiciones injustas en las que viven”.

### **Valencia, 1 de agosto de 1973**

La expectación ante el discurso del P. Arrupe debió ser grande entre los 543 antiguos alumnos inscritos, así como entre sus 63 acompañantes. Los oídos y las miradas estaban puestos en las palabras y en el rostro de una persona entrañable, libre y generosa. Les hablaba ya un líder mundial y religioso, pero también un compañero que compartía con ellos banco, doctrina y espíritu. Un líder que sabía de lo que hablaba.

Comienza Arrupe reconociendo que “el tema de la justicia se ha convertido a lo largo de estos últimos años en una de las grandes preocupaciones de la Iglesia”. Se abordó en el Sínodo de 1971, donde se concluyó afirmando que “la acción en favor de la justicia y la liberación de toda situación opresiva... forman parte constitutiva de la misión que el Señor le confió”. Realidad a la que la Iglesia se sumaba posiblemente tarde y por la que se necesitaba una sostenida etapa de reeducación para hacer efectiva dentro y fuera de la Iglesia la justicia en el mundo.

Una reeducación dentro y fuera de la Iglesia que se tenía que plantear como uno de sus primeros objetivos: “formar hombres que no vivan para sí, sino para Dios y para su Cristo ... hombres para los demás, es decir que no conciben el amor de Dios sin el amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia y que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa...”.

Esto son los principios y los ideales. Otra cosa son los resultados. Arrupe reconoce desde un principio que en el mundo de la educación se ha logrado muy poco o, más bien, nada. Los obstáculos son muchos y la mayoría provienen del propio sistema educativo que parece ir en dirección contraria, fomentando el individualismo y una elevada mentalidad de posesión. Además, reconocía, el orden establecido influía con mucha fuerza en el modo de ser de las personas y de las instituciones.

Pese a las dificultades, Arrupe aborda el tema con “una gran confianza y con espíritu optimista”. Dicho esto, Arrupe, como a quema ropa, preguntará a la Asamblea de los AA. AA.: “**¿Os hemos educado para la justicia?**”. No. “No tal como hoy Dios lo exige de nosotros”, recalca, no. Dado “que no estáis educados para la justicia y que tenéis que completar la educación recibida”, les seguirá diciendo, será necesario hacerlo, atendiendo, tal como invita el Vaticano II, a los nuevos los signos de los tiempos, para de esta manera buscar concreciones históricas para la justicia “a partir de un pluralismo potencial de base”, así como de los espectaculares cambios epocales a los que nos podamos enfrentar.

En esta empresa no parten de cero. Las autorizadas conclusiones del Sínodo de 1971 sobre *La justicia en el mundo* constituyen su punto de salida y en su tanto de llegada. Su gran enseñanza no fue otra que la siguiente: “no se puede separar la predicación del Evangelio de la acción en favor de la Justicia, de la participación en la transformación del mundo y en la liberación de toda situación opresiva. Porque todo ello es parte constitutiva del Evangelio y de la misión de la Iglesia”. Siguiendo al Sínodo, “La misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre ya desde ahora, en su existencia terrena”.

La reeducación para la justicia, en el pensamiento de Arrupe, tendrá que recorrer muy diversas etapas: la primera será la de reconciliación o petición de perdón con el reconocimiento y olvido de todas aquellas corrientes que olvidándose de Dios sustituyen la fe y la caridad cristianas por “la fría exigencia de la justicia” dentro de un humanismo cerradamente horizontalista, que puede llevar a la reforma de las estructuras pero no a la instauración del reino de los cielos, el Reino de Dios, en esta vida”. No es esto lo que la Iglesia pretende y quiere.

La segunda etapa, más importante y difícil, consistirá en el **intento de armonizar los criterios que en el mundo imperan para imponer la justicia con los principios inspirativos**, todos ellos de orden teológico y cristológico, único recurso de no caer en el horizontalismo, que la Iglesia y la Compañía defienden y practican para que con la síntesis de ambos pueda ser instaurada la justicia en el mundo y con ella el comienzo del Reinado de Dios.

Arrupe, convencido de la dificultad de su mensaje y de lo que supone llevarlo adelante tratará, no por oportunismo, de armonizar seis principios contradictorios, muy presentes en la acción social, y que, desde la óptica cristiana, óptica englobante, deben ir unidos.

Estos son los seis puntos:

1. Justicia eficaz para los hombres y actitud religiosa respecto a Dios.
2. Amor a Dios y a los hombres
3. Amor cristiano (amor de caridad) y Justicia
4. Conversión personal y reforma de estructuras
5. Salvación y liberación es esta vida y en la otra
6. Ethos cristiano y mediaciones técnicas e ideológicas

Veamos cómo quedan armonizados:

### **Justicia eficaz para los hombres y actitud religiosa respecto a Dios.**

Esta aparente oposición debe ser superada. El modelo que superó esta aparente oposición no es otro que el instaurado por “el Mesías prometido y esperado”, que “sigue siendo un liberador que hará justicia a los pobres y oprimidos. Jesús, el Hijo de Dios, su revelador por excelencia, tiene como misión especial “llevar la buena nueva a los pobres, la liberación a los oprimidos y hacer triunfar la justicia”.

### **Amor a Dios y a los hombres.**

No hay oposición entre el amor a Dios y el amor a los hombres. La exégesis bíblica, la teología y sobre todo la vida cristiana desde sus principios han afirmado la “identidad del amor a Dios y el amor al hombre, sobre todo al oprimido”

### **Amor cristiano-amor de caridad-y Justicia.**

También se fusionan y armonizan el amor de caridad y la Justicia. No tiene sentido seguir separando amor de caridad y Justicia como tampoco tiene sentido identificar la caridad con las llamadas obras de caridad. Yendo más al fondo de la cuestión, “en el cristianismo ambas nociones son inseparables y se implican mutuamente”. “El amor al prójimo y la justicia son inseparables. Porque el amor implica una exigencia absoluta de la justicia, es decir el reconocimiento de la dignidad y los derechos del prójimo”. Por otra parte, “la justicia a su vez alcanza su plenitud interior solamente en el amor”. “Solamente el amor sincero del prójimo puede dar la fuerza necesaria para hacer efectiva la justicia en el mundo”.

Pero más allá de estas consideraciones, Arrupe baja a la realidad y afirma sin ambages: “así como no sabemos nunca si amamos a Dios, a no ser que amemos al hombre, así tampoco sabemos si amamos al prójimo sino lo hacemos con un amor que tenga como primer fin la justicia”.

Poco a poco nos vamos acercando a una práctica de la justicia templada por la caridad y que comporta, entre otras cosas:

primero, el no atender preferentemente solo a algunas personas, por el peligro que tienen de ser utilizados.

segundo, en abandonar todo “privilegio ... que correlativamente son de opresión, en los que basta permanecer y adormecerse para ser cómplice de la injusticia de este mundo y usufructuario silencioso de sus frutos.

tercero, tomar la “decisión de colaborar en el desmantelamiento de las estructuras injustas, tomando partido por los débiles, los oprimidos y los marginados”.

Con estas reflexiones, que quiere que sean llevadas a la práctica, se afirma que “el amor es la raíz de la verdadera justicia y el amor es también su corona y el sello de su autenticidad”.

### **Conversión personal y reforma de las estructuras.**

Aun cuando con la conversión, defiende Arrupe, desaparece el pecado estrictamente personal, sin embargo, sus efectos, los efectos del pecado, “siguen ejerciendo su tremendo dominio”. Razón por la que habrá que procurar que, además de la conversión personal, se vaya hacia una reforma y transformación que pueda trascender al pecado en el mundo, es decir ir a hacia una “una reforma de las estructuras”.

Ya no basta con que el hombre, el ser humano, cambie individualmente, hay que superar esa laguna de la ascética más tradicional, “eliminando de sí las huellas del pecado” individual para intentar cambiar y modificar el mundo y sus estructuras de pecado.

Estas consideraciones traerán una serie de consecuencias: si las estructuras de este mundo son en gran parte “objetivaciones del pecado, son pecado objetivado, fruto del pecado histórico y a la vez fuente continua de pecados renovados”, demanda, desde una nueva concepción de la ascética y desde el nacimiento de una nueva espiritualidad, que se aborden con el deseo de convertirlas. “Con otras palabras, que no se puede separar conversión personal y reformas de estructuras”.

Concluye sus razonamientos apoyándose en el Sínodo: “el dinamismo del evangelio no solo libera a los hombres del pecado personal, sino también de sus consecuencias en la vida social ya que la acción a favor de la justicia y la transformación de este mundo es una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio y de la misión de la Iglesia”.

### **Salvación y liberación en esta vida y en la otra.**

La salvación y la liberación que vienen con la Justicia no se podrá obtener de manera plena en la tierra. Aquí lo que se garantiza a los que militan en el campo por la justicia es la persecución. Renunciar a ello por miedo, significa “renunciar implícitamente al amor a los hombres y consiguientemente al amor a Dios”. En la lucha por la justicia hay tentaciones y abandonos. La lucha por la Justicia no se acaba nunca. Aparecen triunfos que deben ser considerados como “realizaciones adelantadas, aunque no plenas, del Reino de Dios”. Los que en la lucha por la Justicia se sientan fracasados, entiendan que su fracaso es aparente, que ya están “en las manos de Dios, a cuya alianza en favor de la liberación de los pobres fueron fieles hasta la muerte”.

### **Ethos cristiano y mediaciones técnicas e ideológicas.**

A la hora de transformar el mundo por medio de la Justicia conviene ayudarse de una serie de mediaciones técnicas e ideológicas que tienen como substrato un ethos cristiano. Dichas mediaciones no deberán ser idolatradas. Son medios, nunca fines.

Pero más allá de todas estas consideraciones, Arrupe, tomando una vez más como punto de partida el Concilio Vaticano II y la encíclica *Octogesima adveniens*, dirá: “no basta recordar principios generales, manifestar propósitos, condenar las injusticias graves, proferir denuncias con cierta audacia profética; todo ello no tendrá peso real si no va acompañado en cada hombre por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva”. Responsabilidad y espíritu que sólo garantizarán el ser un ser nuevo, el ser una persona nueva, espiritual, el ser un hombre para los demás.

Con esto entramos en la segunda parte de su intervención, la que tiene como título **“EL HOMBRE PARA LOS DEMÁS”**.

Antes de abordar este punto y como síntesis de todo el recorrido, Arrupe se contentaba con que sus oyentes hubiesen caído en la cuenta de lo lejos que estaban “de tener asimilada totalmente dicha noción [la Justicia], tanto en nuestra forma espontánea de pensar, como en nuestras actitudes prácticas”.

**Será entonces cuando aborde y glose lo que para él significa el nuevo hombre para los demás.** No será quien mejor domine los nuevos conceptos y prácticas para seguir

en lo más alto de su profesión; tampoco el que esté dispuesto a sufrir una especial reeducación para ser el primero en el nuevo mundo que se está construyendo.

El nuevo hombre para los demás no será el más autocentrado, ni, tampoco, el que domine el mundo para seguir apropiárselo. El hombre “se descentra cuando se centra egoísticamente”. El hombre para los demás, afirma Arrupe, “es un centro dotado de conciencia, de inteligencia y de poder, pero un centro llamado a salir de sí mismo, a darse y proyectarse a otros por el amor”. Pues, “solo el que ama se realiza plenamente como hombre... Toda persona que hace crecer los saberes de este mundo, o los haberes de este mundo, para ponerlos al servicio de la humanidad, realiza una tarea de humanización propia y de humanización del mundo”.

Todo ello le da pie a Arrupe para abordar el muy querido tema para los jesuitas de la humanización. Para aclarar en qué consiste ésta en los nuevos tiempos, nada mejor que contraponerla con la deshumanización. Razón por la cual, Arrupe dedica un amplio espacio **a la deshumanización por el egoísmo.**

Viven deshumanizadamente, los que no viven para los demás; éstos “no aportan nada a sus hermanos”. También viven deshumanizadamente los que practican el pecado de omisión. Peca de omisión el que pudiendo hacer algo por los demás lleva una existencia ociosa; no menos, el que vive y lleva “una existencia basada sobre negocios especulativos” y los que en el proceso productivo gozan de privilegios a la “hora de fijar las contraprestaciones” hasta hacer que “el saldo resulte negativo para los más débiles”. Los marginados siguen lejos de los centros del dominio del mundo” y también del poder.

Viven, finalmente, deshumanizadamente los que cosifican a los seres humanos, “convirtiéndolos en objeto de explotación y dominio y apropiándose de parte del fruto de su trabajo”

Pero quizá lo más grave en este capítulo sea que el hombre que no vive para los demás “se deshumaniza a sí mismo”, tendiendo a fijar para sí y para los demás un único criterio: la valoración de sí mismo y de los demás por lo que tiene, la riqueza, y no por lo que es. “Por este procedimiento la riqueza muy pronto deja de ser un medio para convertirse en un fin”.

Vivir prolongadamente en la deshumanización acaba por “deshumanizar las estructuras sociales” e instalar “en el mundo una fuerza tiránica que a todos nos atenaza”.



**Frente a la deshumanización por el egoísmo, Arrupe apuesta por la humanización por el amor**, la única manera de romper el círculo vicioso del egoísmo y de todos los males que éste genera.

Considerada la deshumanización como un mal, el mal que hay que conjurar y combatir, Arrupe, ayudándose del apóstol Pablo, afirmará: el mal, “sólo se vence con el bien, el odio con el amor y el egoísmo con la generosidad; y todo ello es necesario en este mundo concreto para implantar la justicia”. Más aún, para ser justo “conviene sustituir la dinámica de la injusticia por la dinámica del amor”, sembrando en todo momento y en todo lugar el amor. Un amor que supera la división del mundo que ha provocado la deshumanización y cuyo resultado final será el que “sólo haya vencedores, porque el hermano ha sido ganado y el enemigo trocado en amigo”.

Conviene, por lo tanto, cargarse de argumentos y apostar por el amor. Tener fe en el amor. Esta es la estrategia de Dios, la que tenemos que practicar y llevar hacia adelante. “Normalmente será suficiente con amar y soportar algunas de sus consecuencias”.

Pero yendo a lo concreto en este ejercicio del amor, “para hacer retroceder notablemente el dominio de la injusticia, pienso, afirma Arrupe, que bastaría la multiplicación de una serie de grupos selectos, suficientemente coordinados, que orientaran su vida con el espíritu aquí descrito, espíritu que voy a intentar concretar...” y que le dará la oportunidad de describir a los **agentes y promotores del cambio**.

Dichos agentes del cambio, imprescindibles para instaurar el Reino de la justicia, deberán ser conscientes de la importancia que tiene el “**educar para la justicia**”. “Educar para la justicia es por lo tanto educar para el cambio, formar hombres que sean agentes eficaces de transformación y cambio”.

Los agentes del cambio tendrán que ser personas capacitadas para analizar y elaborar planes y tácticas “para conseguir eficientemente las metas transformadoras y liberadoras”, lo que les obligará a vivir, tal vez de manera distinta, a la que hasta ahora han vivido.

**Tendrán que vivir, para adelantar y conseguir el triunfo de la justicia:**

**Primero** con “un decidido propósito de darle un tono de mucha mayor sencillez” a su vida individual, familiar, social y colectiva, “frenando así la espiral del lujo y de la competitividad social”, alejándose y alejando a los que educan

de la sociedad de consumo. No podemos seguir siendo esclavos de la sociedad de consumo.

**Segundo:** tendrán que hacer un esfuerzo para no sólo no beneficiarse de los bienes de consumo cuyo origen sea “claramente injusto”, sino para incluso disminuir su propia participación en los beneficios de una estructura económica y social que casi siempre mira por el interés de los más poderosos. “No se trata de disminuir los gastos sino, mucho más radicalmente, de disminuir los ingresos basados en estructuras injustas”. Todo ello por la simple razón de que el punto referencial de la justicia **“son los verdaderamente pobres en nuestros países y el tercer mundo”**.

**Tercero:** para lograr los dos objetivos anteriores no sólo habrá que seguir luchando activamente, con responsabilidad política, contra las estructuras injustas, sino a hacerlo en compañía de los compañeros que pertenecen a la clase obrera, dado **que no conviene olvidar que los principales agentes de transformación y de cambio han de ser los más oprimidos, de los que los más privilegiados, al asumir su causa, son simples colaboradores instalados en los puntos de control de la estructura que se pretende cambiar”**.

Finalmente, todas estas reflexiones le llevan a exponer su visión sobre la **construcción del futuro**.

La construcción del futuro pasa y necesita del buen gobierno, de la buena conducción de la cosa pública. Un gobierno en el que tengan un papel relevante como conductores de un tren que está a punto de descarrilar los cristianos; cristianos dispuestos a sufrir y a conjurar todos los peligros enfrentándose a los demonios. Cristianos que nunca debe olvidar que están al servicio de los van en el tren, que “son hombres para los demás”, especialmente “los que van en el furgón de cola”.

**¿Pero realmente ese hombre para los demás del que habla Arrupe ha existido alguna vez? Sí. Ese hombre para los demás no es otro que el que se dejan llevar por el Espíritu; es decir, el hombre espiritual por excelencia.** Este “es el hombre para los demás, el hombre para la justicia, capaz de contribuir a una verdadera transformación del mundo, que vaya eliminando de él las estructuras de pecado”.

Dicho esto, Arrupe nos presenta a continuación los rasgos de los que está revestido el hombre para los demás. En él impera el amor infuso de Dios Padre, la única fuerza

que le hace capaz de llenarse del amor de Dios y darlo todo por el bien de sus hermanos; de un amor que ama al enemigo.

Pero no basta con amar, hay que amar discretamente, por lo que la discreción de espíritus será el segundo rasgo de este hombre espiritual. El hombre para los demás, el hombre espiritual, conducido y sostenido por el Pneuma de Dios y por el Espíritu Santo no es ni el *homo faber*, ni el *homo sapiens*, ni el hombre prometeico, ni el *homo politicus*, ni tampoco el *homo ludens*. Es el llamado *homo humanus, concors, philanthropus*, “amante de la concordia y de los hombres”; es el *homo religiosus*, “abierto a la transcendencia y, si su religiosidad es genuina, ligará en unidad indestructible el amor de Dios y el amor a los hombres”. Pero estas categorías del hombre no son todavía las propias del *homo novus*. Para que este nuevo hombre nazca será conveniente que sea transformado por Dios y lo convierta en nueva criatura, “cuyo último principio vital es el Espíritu Santo”.

Pero hay más: “ese Espíritu que nos hace espirituales, es también el Espíritu de Cristo, que nos hace también cristianos y nos cristifica. También en esta tarea de la construcción de la justicia, Cristo es el todo: nuestro Camino, Verdad y Vida. Él es, por excelencia, el hombre para los demás, el que nos precede en la construcción del Reino de la Justicia; nuestro modelo y punto obligado de referencia; sus palabras y su vida nos proporcionan la estabilidad necesaria para no perder el norte en este mundo cambiante”. “Cristo, además, es el fundamento de este *magis* tan ignaciano que nos mueve a no ponerle nunca límites a nuestro amor, a decir siempre más y más, a buscar siempre la mayor gloria de Dios, que concretamente se realiza en la mayor entrega al hombre y a la causa de la Justicia”.

### **Concluyendo a modo de resumen.**

En la homilía de la Misa del Congreso de Valencia, 1 de agosto de 1973, Arrupe se volvía a preguntar en qué consistía trabajar por la justicia. Se respondía, diciendo: no consiste en idear programas de justicia; no es un *hobby*, al margen de la vida, tampoco es una profesión para especialistas... “trabajar por la justicia, hacer justicia, es algo que interesa y compromete a toda persona”, pero antes conviene tener “una conciencia nueva, una sensibilidad nueva, una prontitud nueva para responder con una acción nueva, que nos sitúa de cara al otro, a los demás hombres, de una manera nueva...”, “a lo más profundo de su ser” para transformarlo “en un nuevo tipo de hombre (Jn 3,1-7), porque “solo hombres transformados son capaces de transformar al mundo incluso manejando estructuras imperfectas”.

De donde se derivarán unas cuantas consecuencias, siendo la más importante: la lucha por la justicia que quiere Arrupe no pretende únicamente un desarrollo económico y cultural; pretende, esta es nuestra opinión, un desarrollo religioso

Y ¿cómo se educa, cómo se forma ese nuevo hombre: el hombre para los demás? “Es Dios, el estudio iluminado de su Palabra, la contemplación de ese hombre nuevo Cristo Jesús, el que dará la nueva visión, del *“hombre para los demás, del hombre todo para todos*, el nuevo vigor para una transformación que programáticamente comenzará por nuestras propias raíces de hombre, mediante una personal conversión. Que no otra cosa vino a pedir Cristo”.